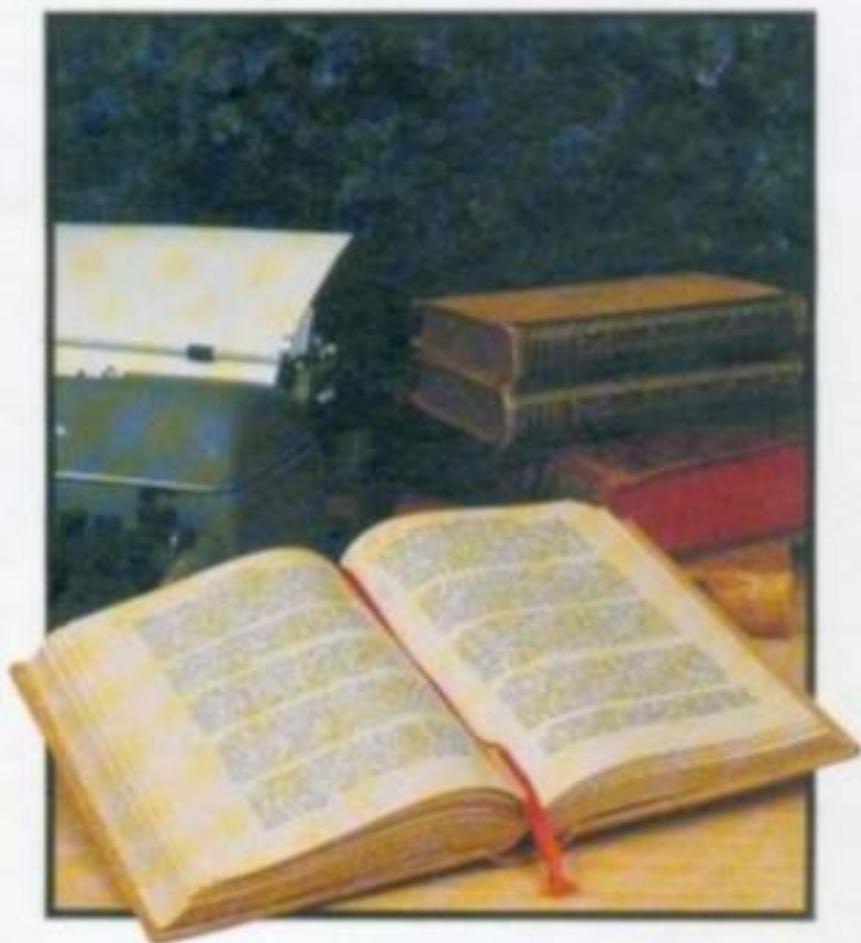


OBRAS
JUAN JOSÉ ARREOLA
Antología y prólogo de
SAÚL YURKIEVICH



«Una última confesión melancólica. No he tenido tiempo para ejercer la literatura. Pero he dedicado todas las horas posibles para amarla», decía Juan José Arreola.

Sin embargo, hubo un tiempo en el que la pasión de este escritor jalisciense fue la creación. Creación breve pero nunca simple. A la fecha, en su literatura aún hay mucho que disfrutar, ver e imaginar. En sus pequeñas creaciones irónicas, el autor inventa juegos en los que fantasía y realidad se entremezclan. Esta antología de Juan José Arreola es un merecido homenaje a su obra, integrada, entre otros textos, por *Varia invención*, *Confabulario*, *Bestiario*, *La feria* y *Palíndroma*. Además de los anteriores, el volumen recoge escritos de índole ensayística —*Miguel de Montaigne*, *Lara imaginario*, *La implantación del espíritu*, *Veinte años del Fondo* y *Antonio Alatorre y Juan José Arreola*— que representan una valiosa oportunidad para conocer a fondo la escritura de este autor.

Índice de contenido

Cubierta

Obras

Juan José Arreola: Los plurales poderes de la prosa

Humana animalidad

Amor maldito

Más allá de la letra

A mundo plural novela coral

Confabulario

De memoria y olvido

Confabulario

Parturient montes

En verdad os digo

El rinoceronte

La migala

El guardagujas

El discípulo

Eva

Pueblerina

Sinesio de Rodas

Monólogo del insumiso

El prodigioso miligramo

Nabónides

El faro

In memoriam

Baltasar Gérard [1555-1582]

Baby H. P.

Anuncio

De balística

Una mujer amaestrada

Pablo
Parábola del trueque
Un pacto con el diablo
El converso
El silencio de Dios
Los alimentos terrestres
Una reputación
Corrido
Carta a un zapatero que compuso mal unos zapatos

Palíndroma
Palindroma
Tres días y un cenicero
Marzo 5
Marzo 6
Marzo 7
Starring all people
Hogares felices
Para entrar al jardín
Botella de Klein
El himen en México
Variaciones sintácticas
Duermevela
Profilaxis
Receta casera
De un viajero
La disyuntiva
Ciclismo
Astronomía
Historia de los dos ¿que soñaron?
Balada
Doxografías
Francisco de Aldana
Homero Santos
Prometeo a su buitre predilecta
Mitológica

Ágrafa musulmana en papiro de oxyrrinco

De escaquística

Claudeliana

Bíblica

De John Donne

Cuento de horror

Tercera llamada, ¡tercera!, o empezamos sin usted

Personajes

Escena

Varia invención

Varia invención

Hizo el bien mientras vivió

Agosto 1.º

Agosto 3

Agosto 5

Agosto 6

Agosto 7

Agosto 8

Agosto 10

Agosto 14

Agosto 16

Agosto 17

Agosto 18

Agosto 19

Agosto 20

Agosto 22

Agosto 26

Agosto 27

Agosto 30

Septiembre 4

Septiembre 7

Septiembre 10

Septiembre 14

Septiembre 17

Septiembre 21

Septiembre 25
Septiembre 27
Septiembre 28
Octubre 1.º
Octubre 5
Octubre 7
Octubre 10
Octubre 11
Octubre 15
Octubre 18
Octubre 19
Octubre 24
Octubre 25
Octubre 27
Octubre 28
Octubre 30
Octubre 31
Noviembre 9
Noviembre 10
Noviembre 11
Noviembre 26
Noviembre 29
Noviembre 30
Diciembre 22
Diciembre 24
El cuervero
La vida privada
El fraude
La hora de todos
Dramatis persoæ
Escena

Bestiario
Bestiario
Prólogo
El rinoceronte

El sapo
El bisonte
Aves de rapiña
El avestruz
Insectiada
El carabao
Felinos
El búho
El oso
El elefante
Topos
Camélidos
La boa
La cebra
La jirafa
La hiena
El hipopótamo
Cérvidos
Las focas
Aves acuáticas
El ajolote
Los monos
Cantos de mal dolor
Loco dolente
Casus conscientiae
Kalenda maya
Homenaje a Johann Jacobi Bachofen
Homenaje a Remedios Varo
La noticia
Navideña
De cetrería
El rey negro
Homenaje a Otto Weininger
Metamorfosis
Cocktail party
La trampa

Caballero desarmado
Post scriptum
Achtung! Lebende Tiere!
La lengua de Cervantes
Balada
Tú y yo
El encuentro
Dama de pensamientos
Teoría de Dulcinea
Epitalamio
Allons voir si la rose...
Luna de miel
Armisticio
Cláusulas
Gravitación
Prosodia
Informe de Liberia
Telemaquia
Inferno V
De L'Osservatore
Una de dos
Libertad
El último deseo
Elegía
Flor de retórica antigua
Flash
El diamante
El mapa de los objetos perdidos
Loco de amor
La caverna
Los bienes ajenos
Alarma para el año 2000
Interview
El soñado
El asesino
La canción de Peronelle

Atrui
Epitafio
El lay de Aristóteles
El condenado
Apuntes de un rencoroso
Aproximaciones
Una familia de árboles [Jules Renard]
El sapo [Jules Renard]
Declaración [Pierre Jean Jouve]
Al fondo del país lituano [O. V. de Lubicz Milosz]
El puerco [Paul Claudel]
La tristeza [Pierre Jean Jouve]
Vida de la araña real [Henri Michaux]
Entre los urdos [Henri Michaux]
Octubre [Paul Claudel]
Disolución [Paul Claudel]
La derivación [Paul Claudel]
Tristeza en el agua [Paul Claudel]
Pensamiento en el mar [Paul Claudel]
Libación por el día futuro [Paul Claudel]
La tierra vista desde el mar [Paul Claudel]
Corimbo del otoño [Francis Thompson]

La feria

Otros escritos
Veinte años del Fondo
Antonio Alatorre y Juan José Arreola: un diálogo
Lara imaginario
La implantación del espíritu
Un texto inédito
Prólogo [A los «Ensayos escogidos», de Montaigne]
El bisabuelo
El abuelo
El padre
La madre

Los primeros años
La escuela
Los cargos públicos
Los hechos de armas
El matrimonio
Raymundo Sabunde
Esteban de La Boëtie
María de Gournayle Jars
La peste
La torre
Los «Ensayos»
¿Qué quiere decir «Ensayos»?
El espíritu confesional
El escéptico
El estoico
El problema del yo
El estilo
La herencia de Montaigne
El grupo de los apóstoles [Aproximaciones]
San Pedro
San Andrés
Santiago el Menor
San Juan Evangelista
San Felipe
San Bartolomé
Santo Tomás
San Mateo
Santiago el mayor
San Judas Tadeo
San Simón
San Pablo

Notas

JUAN JOSÉ ARREOLA: LOS PLURALES PODERES DE LA PROSA

HUMANA ANIMALIDAD

EL «BESTIARIO» de Juan José Arreola no está exento de la tipología fundada por el *Fisiólogo*, ese bestiario de un anónimo naturalista griego que asocia cada animal con una idea cristológica. Aunque no subordina la zoología a la teología, entre los «Cérvidos» Arreola incluye al venado de San Huberto que porta la cruz entre los cuernos, la cierva que amamanta a Genoveva de Brabante y el ciervo volador de Juan de Yepes. En pos de ese ciervo furtivo y vulnerado, Juan de la Cruz fue tan alto, tan alto que a la caza le dio alcance. También Arreola, que por momentos fusiona lo literario con lo fabuloso y cosmológico, aprovecha de las sugestivas confusiones del *Fisiólogo* (el *Physiologus Graecus* tan citado por Borges en su *Manual de zoología fantástica*) para hacer descender al unicornio del rinoceronte cuando se aparee con cierta variedad del venado. Arreola se complace en retomar la leyenda de que este armatoste zoológico, el rudimentario rinoceronte, ante una doncella se transfigura, se agacela, se vuelve sumiso y se recuesta sobre el regazo de la niña. (Acerca del unicornio, animal aguerrido, capaz de matar de una cornada a un elefante, acota el *Fisiólogo*: «Cómo lo apresan. Le ponen por delante una virgen y salta al regazo de la virgen y la virgen lo abraza con amor y lo arrebató al palacio de los reyes».^[1]) El *Bestiario*

de Arreola descende remotamente de la *Historia natural* de Plinio y de las *Etimologías* de Isidoro de Sevilla, pero no considera al león como emblema del evangelista Marcos. Lo mete entre los «Felinos», y aunque evoca a los mártires cristianos entregados a sus fauces, más bien lo desprestigia; lo considera un híbrido desperejo con su cabeza majestuosa y su cuerpo y alma perrunos, un aprovechador que vive a expensas de los otros cazadores, que devora restos de presas que no ha capturado. Según Arreola, el león sueña con ser enjaulado y disfrutar así de una pensión completa.

Como en los viejos bestiarios, en el de Arreola el animal sirve como retícula de lectura de la condición humana. La representación oscila entre la transparencia y la opacidad de lo animal, entre la familiar inteligibilidad y la inescrutable alteridad. Como los otros bestiarios, éste asimila simbólicamente al animal integrando lo extraño e inquietante en un sistema significativo cuya referencia central es lo humano. Pero el animal puede también figurar lo sobrehumano (potencia portentosa del bisonte —«tempestad a ras del suelo por su aspecto de nubarrones»— o superación por los ciervos de nuestras categorías de espacio y tiempo porque conciban la inmovilidad con el movimiento) y lo inhumano demoniaco. Arreola suele alegorizar sustituyendo al hombre por animales que lo representan encarnando entidades morales; así, la hiena, depravada, voraz, necrófila y cobarde, es el animal que más prosélitos tiene entre los humanos. También, tal como ocurre con los bestiarios de amor (así en el de Richard de Fournival), los animales sirven para develar secretos de nuestro comportamiento erótico. En Arreola, sobre todo se libidinizan, así las gelatinosas focas, que son puro labio y lengua, o el genital ajolote, que es a la vez *lingam* y sirenita que menstrua.

Arreola transforma la colección de animales fabulosos del bestiario medieval en bestiario real. Opera paródicamente como un naturalista científico a la manera de Linneo, a partir de un modelo descriptivo basado sobre todo en la

observación. Tiende a caracterizar cada animal por sus rasgos específicos, y a la vez, a ponerlo en relación con los otros seres, a adjudicarle el lugar que le corresponde dentro del ordenado conjunto. Hace gala de erudición e inyecta a toda criatura una alta dosis de inflación literaria. En verdad, sus modelos provienen de la tradición francesa del poema en prosa, y el mismo Arreola los indica en «Aproximaciones», una colección de traducciones suyas incluidas al final del *Bestiario*. Sus modelos son principalmente Jules Renard, Paul Claudel y Henri Michaux. De *Histoires naturelles* de Jules Renard incluye dos prosas; una de ellas, «El sapo», permite confrontarla con «El sapo» de Arreola. Jules Renard cultiva la sencillez pulcra y plena. Sus textos, parcos, precisos, cristalinos, operan por elegante condensación. Renard recrea objetos, momentos o escenas campestres con una pluma minimalista, con lo estrictamente necesario y aun algo menos. En oraciones cortas, yuxtapone notas o toques de modo impresionista. Y todo lo que aborda lo tiñe de un humor bondadoso, de una aquiescencia comunicativa porque se mancomuna con su mundo natural, con su campiña originaria. En Renard, el lenguaje mana como por sí mismo, con una perfección que parece espontánea, sin ahínco estilístico. La escritura va a lo esencial, transmite la mismidad de cada cosa: lo natural. Los textos breves de Jules Renard están nimbados de un aura que los transfigura: lindan con el milagro.

Jules Renard capta sus animales en tanto contemplador preocupado; establece un vínculo personal con su bestiario. El locutor se implica como sujeto activo, copartícipe con lo que es motivo de su atención, motivo de su experiencia. Arreola, en cambio, opta por la visión a distancia, enfrente del naturalista, pero poniendo en juego un humor que torna pastiche el texto. En cuanto a los dos sapos, el de Jules Renard está ligado al locutor por una relación francamente amistosa. No se trata de la especie ni la familia, como en el caso de Arreola, sino de un ejemplar amigo. La semblanza

se despliega a partir de este nexo de particular estima y de asidua frecuentación. El autor se pone en escena; no sólo observa, también reivindica y defiende al desmerecido sapo con el cual entabla el diálogo final donde ambos interlocutores se endilgan su respectiva fealdad. Renard establece con la zoología, como Arreola, una ligazón de parentesco; en ella reconoce aquello que la acerca y asemeja con lo humano. Arreola guarda una fingida neutralidad, la distancia del observador que pretende captar los caracteres genéricos de cada animal. Su sapo es todos los sapos. Pero para decir lo propio de la especie pone en juego una opulenta panoplia de recursos figurales: personifica, metafORIZA, magnifica, metamorfosea. Afectos y efectos están de inmediato indicando que la enunciación es literaria: «Salta de vez en cuando, sólo para comprobar su radical estático. El salto tiene algo de latido: viéndolo bien, el sapo es todo corazón».

Dignificado, el sapo deviene, bajo la mirada admirativa de su presentador, supersapo, poderosa criatura o más bien deidad a la vez terrestre y acuática que emerge del lodo primordial plena de latencias oscuras. Agente privilegiado de la potencia natural, supersapo es un mutante que conecta con lo esfíngico, con el misterio de la Creación.

Obra de artífice, la prosa breve de Arreola está troquelada hasta resultar definitiva. Arreola estiliza como un clásico, con sintaxis clara y rigurosa, casi lapidaria. Compuesta de periodos segura, sabiamente articulados, busca equilibrar los pesos y establece la más armónica distribución de las partes. Prosa elegante, como la de Borges, su patrono literario, eurítmica y eufónica, tiende al estilo alto, a una cierta prosopopeya. Arreola en su *Bestiario* trabaja con un léxico de cariz culterano, usa el idioma noble, palabras con prosapia. Sin recurrir ni a lo popular ni a lo rebuscado, se propone ante todo depararnos una infalible felicidad verbal. Y lo logra.

El sapo, nuestro semejante, nos recuerda un común origen legamoso. Arreola, para hermanarnos, ennoblece lo animal y degrada lo humano. De lo humano se ocupa, con satírica malicia, en el «Prólogo» de *Bestiario*. Aquí a su prójimo lo rebaja a lo craso y grueso, a lo sucio y lo blanduzco. De persona, nos retrograda a perro tonto y a pescado muerto: «Saluda con todo tu corazón...». Delata nuestro lado vacuno, porcino, gallináceo, para destacar lo primario, el ser indigno, subsumido por sus apetitos y funciones elementales, el que groseramente engulle, copula y evacua. Arreola incita a amar al género humano degenerado, retrotraído a una animalidad basta, obscena. Ensañamiento satírico, devaluación barroca por hundimiento sin más allá, el sueño pesado del cuerpo, sueño de bajeza y de abyección.

Borges en su *Manual de zoología fantástica* dice que en los animales nos reconocemos, comprobamos en ellos nuestra común esencia: «Schopenhauer (aún más asombrosamente) diría que el niño mira sin horror a los tigres porque no ignora que él es los tigres y que los tigres son él, mejor dicho, que los tigres y él son de una misma esencia, la Voluntad» (*op. cit.*, pp. 7-8). En esta semejanza funda a menudo Arreola nuestra ligazón con los animales de su *Bestiario*. Tenemos propiedades comunes, en ellos más relevantes. El bisonte resulta un modelo de vigor perdido; el mono nos alecciona porque no quiso ser hombre. A pesar de que los humanos diezmaron a los bisontes, éstos, al domesticarse, nos ofrendaron a los bovinos, en cuya sumisa y prolífica reproducción fundó el hombre su prepotente imperio pastoril. Pero los primitivos admiraron y asimilaron la fuerza del bisonte, lo veneraron multiplicando su efigie en las cuevas del paleolítico. El mono desechó la tentación de ser hombre, no cayó en la trampa del raciocinio; continúa en alegre libertad gozando de su paraíso impúdico. Los monos constituyen nuestro espejo deprimente, dan la imagen de lo que fuimos, de lo que nos falta; nos miran con